

CATEQUESIS 'EN CASA' 2

Ante el mal y el sufrimiento... ¿qué?

I. Vemos el vídeo:

(para escuchar presiona el título)

¿Por qué existe el mal?



II. Reflexionamos:

A la luz de las constantes guerras, el terrorismo extremista, el hambre, la pobreza persistente, el abandono social, la enfermedad y, en este caso, la pandemia que nos acecha, es natural preguntarnos: ¿por qué Dios permite el mal?

A la hora de hablar del mal y del sufrimiento podemos distinguir dos causas. En unos casos viene causado por el hombre, el cual haciendo mal uso de la libertad, comete abusos morales lo que encadena el sufrimiento de otras personas. En otros casos, el sufrimiento viene a los hombres por la propia limitación humana o por causas naturales.

La pandemia que estamos viviendo forma parte de una consecuencia natural, una infección vírica que nos hace «bajar de nuestra nube» y nos enfrenta a nuestra fragilidad. Por otro lado también conlleva una responsabilidad moral, ya que si no seguimos las indicaciones sanitarias podemos potenciar el contagio con sus consecuentes posibilidades de causar más muertes.

La realidad es la que es y, o bien nos escondemos como un avestruz, o bien la afrontamos cara a cara con el deseo de crecer interiormente para construir nuestra vida sobre suelo firme, sobre la realidad.

II. Preguntas para el diálogo:

1. ¿Qué tipos de sufrimientos percibes en estos tiempos?
2. Ante todo lo que está ocurriendo ¿qué es lo que más te hace sufrir?
3. Y ante todo este sufrimiento, ¿cómo reaccionas? ¿qué respuesta das?
4. ¿Te has hecho alguna vez esta pregunta: por qué Dios permite el mal? ¿Crees que Dios es culpable o cómplice de todo este sufrimiento?
5. Si crees que lo es, entonces ¿qué sentido tiene creer en Dios? Si crees que no lo es, ¿qué respuesta tiene Dios al sufrimiento?



#YoMeQuedoEnCasa

QUÉDATE EN TU CASA
Y PONLA EN MANOS DE DIOS

III. Proclamamos:

De la carta del san Pablo a los Romanos 8, 31-35.37-39

Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió, más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios y que además intercede por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor.



IV. Meditamos:



Dios no es causante del mal, lo es nuestro pecado que rompió la perfección de todo lo creado y ahora vivimos las consecuencias. Porque el pecado no es solamente hacer algo mal, tiene sus consecuencias como tirar una piedra a un cristal, hay un acto de maldad pero también hay consecuencias irreparables. Dios no es culpable ¡no! Jesús, el hijo de Dios que lloró un día por la muerte de su amigo Lázaro llora hoy también por el flagelo que ha caído sobre la humanidad. Sí, Dios «sufre», como cada padre y cada madre. Dios participa en nuestro dolor para vencerlo. «Dios —escribe san Agustín—, siendo supremamente bueno, no permitiría jamás que cualquier mal existiera en sus obras, si no fuera lo suficientemente poderoso y bueno, para sacar del mal mismo el bien».

Dios nos envió a su Hijo para recordarnos esto mismo, que podemos llamarle Padre, y un buen padre no provoca el sufrimiento a sus hijos, más bien está a su lado, los consuela, los abraza, comparte su mismo dolor y los levanta. Así lo manifestó Jesús con sus palabras y sus hechos. Él vino y sufrió con nosotros: sufrió la pobreza y el exilio, lloró incluso por sus seres queridos, padeció y murió en la Cruz.

Él murió y resucitó. Al morir, pagó el precio del pecado y nos abrió una nueva posibilidad, ya que levantándose de entre los muertos, transformó la muerte en una puerta, el final en un comienzo. Nos consuela el saber que su amor nos acompaña, nos da fuerza para afrontar lo que a nuestra vida sobrevenga, esperanza para seguir caminando, y la promesa última de que nada ni nadie podrá separarnos de su amor. La Fe no es un seguro de Vida, si fuera así seguiríamos a Dios solo por conveniencia y no por amor. Cristo nunca nos engañó, nunca nos dijo que el que le siguiese no sufriría, nos prometió estar a nuestro lado «todos los días hasta el fin del mundo».

V. Oramos:

Señor Crucificado y Resucitado, enséñanos a afrontar los hechos de la vida cotidiana, para que podamos vivir en una plenitud más grande. Tú acogiste, con humildad y paciencia, los fracasos de la vida humana como los sufrimientos de la cruz.

Ayúdanos a vivir las penas y las luchas que cada día nos trae y sean ocasión para crecer y asemejarnos más a ti. Danos la capacidad para afrontarlas, llenos de confianza porque Tú nos sostienes.

Haznos comprender que sólo llegaremos a la plenitud de la vida si morimos continuamente a nosotros mismos y a nuestros deseos egoístas. Porque sólo muriendo contigo podremos resucitar contigo.

Que a partir de ahora nada nos haga sufrir o llorar hasta el punto de olvidar la alegría de tu Resurrección. Tú eres el sol que resplandece del amor del Padre, Tú eres la esperanza de la eterna felicidad, Tú eres el fuego del amor que abraza. Que la alegría de Jesús sea nuestra fuerza, que sea entre nosotros vínculo de paz, de unidad y de amor.



Madre Teresa